

EL LABERINTO ARGENTINO

Rubén M. Lo Vuolo¹

La vertiginosa dinámica de la crisis argentina advierte acerca de la debilidad de los análisis parciales. Lo que estalló en la Argentina es un régimen de organización económica y social que se sostuvo gracias a grandes transferencias de riqueza y a una inédita regresión social.

Este régimen fue financiado por tres “fuentes” que a todas luces tendían a agotarse: acumulación de una deuda exorbitante; liquidación del patrimonio público; achicamiento de la “masa salarial”. Este régimen funcionaba gracias a un tipo de cambio fijo sobrevaluado, que convenía al sector financiero y a las filiales de empresas extranjeras que así garantizaban el valor en moneda fuerte de sus activos y de las remesas de sus utilidades al exterior, pero a costa de distorsionar los precios relativos domésticos, desmembrar el sistema productivo y facilitar la fuga de capitales.

Esto es lo que apareció con toda su fuerza en la imparable depresión económica que comenzó en 1998: un régimen económico que crecía de forma depredadora y desequilibrada y que sólo servía para “extraer” rentas pero no para “crear” riqueza productiva. Argentina es un claro ejemplo de los problemas que se generan en una economía donde el capital en su forma financiera impone las reglas de convivencia fluyendo libremente sin ningún control.

Sin embargo, esto no sucedió por imperio de la “mano invisible” del mercado. El Estado, en acuerdo con grandes grupos económicos nacionales y extranjeros, marcó el campo de juego. Las llamadas “privatizaciones” son un ejemplo. No sirvieron para mejorar la posición fiscal, ni para capitalizar al sistema económico ni para mejorar la eficiencia productiva. Los fondos se esfumaron para cubrir déficit de caja, realimentar el ciclo de la deuda, transferir

¹ Economista, docente universitario e investigador del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (Ciepp), Buenos Aires, Argentina.

recursos a operadores privados en un ambiente de corrupción cómplice. El elevado nivel de las tarifas y las condiciones permisivas de la cesión de patrimonios y mercados públicos, contrarió las recomendaciones internacionales en la materia para garantizar ganancias extraordinarias. A cambio, colocó una presión de costos de insumos generalizados insostenible para cualquier economía.

La “integración” al mundo tampoco es racional. Las exportaciones se concentran en una cúpula empresarial y en bienes de bajo valor agregado, por lo que no generan mayor empleo ni eslabonamientos positivos para la economía. Las importaciones crecen con la economía, tanto porque se armó un sistema productivo dependiente de insumos y bienes de capital importados (gracias a la apertura económica con dólar subvaluado), como por el fomento de un perfil de consumo hacia bienes importados. El crecimiento económico en este esquema es signo de déficit comercial que hay que financiar con más deuda.

¿Qué pasó con el sector financiero? Concentrado en pocas manos y extranjerizado, lucra con los servicios al consumo y cierra el crédito a los sectores productivos. Se suponía que así las tasas de intereses convergerían con las internacionales y que las casas matrices responderían por los depósitos. Los resultados son otros. Los costos financieros son insostenibles y la banca extranjera prefiere jugar a que el sistema estalle antes de arriesgar capital propio en la devolución de los depósitos. Más aún, en los últimos meses cancelaron sus cuentas con las casas matrices retirando el dinero del país, mientras solicitaban redescuentos al Banco Central para cubrir sus necesidades de liquidez.

La situación es gravísima y su desenlace una incógnita. Hasta ahora sólo hay una devaluación. Nada ha cambiado del régimen perverso entronizado en los últimos años. Se requieren cambios profundos para evitar un impacto más negativo sobre los sectores productores, el empleo y los ingresos. Más aún, para no terminar en una “dolarización” de hecho, en una economía desmonetizada donde el precio de referencia ha vuelto a ser el dólar libre y la inflación amenaza con reaparecer. El laberinto argentino recién comienza a recorrerse.